

26 de Diciembre.

Hoy vi llegar á un hombre jadeante, fatigado, lleno de polvo, sobre un caballo trasijado que daba compasión. Ese sujeto era un correo que traía la noticia de la derrota de los chinacos del sur de Jalisco: no quedó de ellos ni quien lo contara, pues unos por un rumbo y otros por otro, han ido á parar quién sabe á dónde. No valieron allí ni las baladronadas de Rojas, ni la táctica de Valle, ni el espíritu militar de Ogazón (á quien llaman general los licenciados y licenciado los generales); todo acabó y probablemente este es el golpe definitivo. ¡Ya era tiempo!

Siento infinito no haber participado de un triunfo tan hermoso, pues en la última combinación se me dispuso quedara de guarnición en Guadalajara; pero en verdad que tampoco puedo crearme extraño á ese golpe, ya que, en gran parte, merced á mis buenos oficios, se realizó el paso ó, hablando claro, la traición de Rocha. Parece que las tropas de nuestro buen amigo se estuvieron quietas y sin disparar un tiro, mientras las otras fracciones de la división liberalesca se hacían cruces sin saber á qué santo encomendarse ni á quién atribuir aquella inacción inexplicable.

27 de Diciembre.

Hoy tuve una noticia que me dejó helado: caminaba frente á la iglesia de la Soledad, cuando ví venir á un eclesiástico vacilante, con la cabeza descubierta, la mirada vaga, el manteo por el suelo y la sotana desabotonada. Se le habría tomado por un ebrio, salvo su estado y el conocimiento que yo tenía de que el padre don Gabino Gutiérrez era incapaz de achisparse. Pasó el padre sin saludarme; pero de seguro recordó que yo podría participar de su pena, y deshaciendo el camino me dijo:

— ¡Jefecito, cosas horribles; nunca ha de acabar esto! Le han muerto, le han hecho pedazos los indios de Pihuamo. Mire lo que me dicen en esta carta: se le encontró con siete heridas de sable y convertido en picadillo á pedradas; no había quien lo reconociera y sólo por un papel mío que estaba tirado en el suelo, sacaron en limpio su nombre y su grado.

¿Y sabe usted qué carta? Aquella que empieza: «Miramón, á pesar de su triunfo del Bajío y de otro mayor aún que ha obtenido en esta ciudad haciéndose obedecer de Márquez, á pesar de esto, repito, está enamorado de ti; tú eres su muchacha bonita, como verás por la que te acompaño, en la que debes entender que no explayo sus sentimientos porque no pareciera lisonja. A más de lo que te dice en la carta, dijo bastantes cosas de ti, que

te ha de ser muy grato saber... ¿Qué irrisión, verdad?

— ¿Pero quién es el difunto, padre Gabino?

— Rocha, hombre, Juan Rocha, el purero, mi paisano.

— ¿Y quién le mataría?

— ¡Vaya usted á saberlo, alma de Dios! Lo mismo pueden haber sido los de acá por no cumplirle sus ofertas...

— ¡Padre, por Dios!...

— Que los de allá por castigarlo de lo que de seguro llaman su traición.

— ¡Qué atrocidad!

— Eso digo yo, ¡qué atrocidad! pero, en fin, ¡cómo ha de ser! el muerto á la sepultura y el vivo á la travesura. Déjeme ir á hablar con Palomar de lo tocante á la recepción del nuevo Macabeo, que mañana sin falta entra á Guadalajara.

— Ya lo sabía...

— Pero lo que no sabía seguramente es que tenemos preparada una sorpresa de lo fino.

— ¿Sorpresa?

— Sí, hombre, una sorpresita que vale la pena. Figúrese usted que los excelsos cacúmenes de Pantaleón Pacheco, Cayetano Orozco y no sé quién más han compuesto una salmodia que es la viva cajeta. Ya verá, ya verá...

29 de Diciembre.

Acaba de pasar la felicitación al señor Miramón, y aunque no sea cosa que debe preocupar á nadie el motivo que me impidió enterarme de lo que se decía, aquí lo apunto para que se vea que no falta, como dicen, un pelo en la comida, ó sea un importuno que eche á perder los actos más hermosos.

El capitán del Hoyo, mi amigo, iba en mi compañía para enseñarme á todas las niñas guapas que llenaban la iglesia — Lunas, Gallardos, Corcueras, Palomares y demás yacimientos de este espléndido panino — y á todos los politicastros de esta ciudad clerical — Orozcos, Ortices, Martínez Negrete, Mancillas, de la Hoz y otros muchos, cuando el órgano atacó una tonadilla eclesiástica.

Al principio se oyó un balbuceo como el de las beatas cuando empiezan á ganguear una oración; luego se escuchó el resoplar de fuelles y el salir de aire confinado, y al fin vino un cántico en latín, con preguntas y respuestas.

Cabalmente entraba por la puerta de enmedio de la Catedral el propio señor Miramón, hecho un *calabazate* y radiante de gozo.

En ese momento se empinaron sobre las puntas de los pies, para ver pasar al triunfador, todas las niñas de mantilla, todas las mamás de peineta á la María Luisa, todos los señorones de chaqueta y sombrero de copa,

mientras el coro empezaba su gori-gori, que me tradujo el amigo Hoyo, gran latino y estudiante de los mejores.

«Puse mi protección sobre el Poderoso y exalté al elegido de mi pueblo.»

«Encontré á Dawid mi siervo y le ungué con mi óleo santo, porque mi mano le auxiliará.»

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...»

Y el coro repetía:

«Porque mi mano le auxiliará.»

Entre tanto un par de viejas, de cabellos lacios, vestidos color de ala de mosca y de tapalitos de escuadra, habían quedado cerca de mí en el trasiego que se produjo á la entrada del General.

Restablecido el orden, el Preste, con voz de salmodia, dijo con fervor:

«Salva, Señor, á nuestro Presidente.»

Y el coro:

«Que espera en ti, ¡oh, Dios mío!»

Las malditas doñas Siglos siguieron entonces la conversación que de seguro tenían empezada:

— ¡Maldito sea, amén, el Presidente, y en la horca más alta le vea! Cuántas infelices estamos sin maridos, hijos ni deudos por las ambiciones de este malvado!

— ¿Qué me dice, *mialma*? Este condenado acabó con nuestra siembrita en el Tepame, mató todo nuestro ganado y se llevó de leva á toda nuestra peonada.

— ¿Y á mí que me mató á mi marido en Atenquique? Iba el pobre como capitán del don Santos, que Dios confunda, y en la segunda vuelta del caracol dejó la vida.

El Preste rezaba:

«Envíale, Señor, auxilio de lo alto.»

Y el coro:

«Y desde Sion protégelo.

«En nada le ofenderá el enemigo.

«Y el hijo de iniquidad no le dañará.»

— Van los pobres soldados por esos caminos, sin vestidos, sin steldos, sin comida, al rayo del sol, regando la sangre de sus venas para que este y los demás comediantes se den pisto y se llenen de galones y charreteras.

— No hay ni para pagar la comida de los jefes.

El cántico seguía:

«Haya paz en tu fortaleza.»

«Y abundancia en tus torres.»

Callaron un poco las brujas, y vino luego el *Oremus*.

«Oh, Dios, á quien todo poder y dignidad obsequia rendido, da á este siervo tuyo, Presidente nuestro Miguel, próspero efecto de su dignidad, en la cual siempre te respete y se empeñe siempre en guardarte. Por nuestro Señor Jesucristo, Amén.»

Cuando volví el rostro no estaban ya las mujerucas; pero como si estuvieran, oí una voz que decía:

«Se recibe como representante de Dios á quien viene

cubierto de sangre humana. ¡Qué irrisión! ¡Llamar enviado del Altísimo á quien penetra al santuario después de arruinar familias, de matar hijos y padres, de violar doncellas y destruir propiedades! Si Dios fuera capaz de reirse, ¡cómo se reiría al saber que se toma su nombre para honrar esas espantosas carnicerías!... Y si fuera capaz de llorar, ¡cuán amargamente lloraría al ver tanta desolación y tanta ruina ejecutadas bajo su égida!

«¡Qué ruines, qué miserables y qué indignos deben ser los que titulándose sacerdotes del niño de Belem, del vidente de la montaña, del crucificado del Calvario, del Mesías eterno, salvador de las gentes, no tienen reparo en cubrir con la sombra del Justo sus pasiones bajas, sus instintos perversos, sus pequeños propósitos y sus grandes miserias!»

Algo más siguió remugando la voz aquella; pero aunque no lo oí bien claro, me impidió escuchar completos los plácemes del besamano: «que ese día era de gozo para la patria; que Miramón era un nuevo César, que había llegado, visto y vencido; que era el hombre señalado por el dedo de Dios para humillar y confundir á la demagogia, para conservar la religión de nuestros antepasados y para defender la independenciam...»

Pero el euchicheo aquel no me dejó oírlo todo.

¡Malditas brujas!

Méjico, 1860.

Varios oficiales amigos y yo, deseosos de distraer un rato los ocios forzados del cuartel, nos acantonamos enfrente de la tienda «El Puerto de Liverpool», á averiguar vidas ajenas, á enterarnos de lo que nos interesa y de lo que no nos importa nada, y sobre todo á hablar de política, que es nuestro manjar favorito.

Todos los tertulianos somos gentes de buen humor, chicos entre los veinte y los treinta, ninguno casado aunque algunos unidos conforme á la ley Juárez, es decir, en plena mancebía.

Sólo se distingue en la compañía un viejo *ya mayor*, perfectamente rasurado de barba y bigote, con pantalón de casimir claro, chaqueta azul, mascada amarilla, fieltro alemán con chapetones de plata y botas charoladas. Era memorialista, según dicen, y ahora no tiene oficio conocido; yo le tengo por un buen hombre, temeroso de Dios, cristiano viejo y bien quisto con todo el mundo.

Se llama Francisco González Gordo, y en tiempo de la maldita chinaca, cuando el buen Comonfort quiso hacer



mesa gallega con toda la riqueza eclesiástica, tuvo la aparente debilidad de denunciar la casa en que vivía y adjudicársela. Pero tan pronto como el señor Zuloaga entró al poder y luego que estuvo asegurado el éxito del plan de Tacubaya, se presentó á la autoridad eclesiástica, demostrando que su intención al denunciar aquellos terrenos no había sido — ¡qué había de ser! — robar á la Iglesia, desposeyéndola de lo que es suyo, sino impedir que algunos bribones vinieran y se apoderaran de lo que en concepto de Gordoia no había dejado de pertenecer al santuario; por lo cual y pasado el peligro restituía la finca á su único y verdadero dueño, que lo era el convento de Santo Domingo, si no estoy equivocado.

Con ese rasgo tan cristiano y decente, Gordoia se granjeó la amistad de todos los buenos, y ahora no cesa de visitar y recibir visitas, no de personajillos de segunda talla, sino de los verdaderos directores de la política conservadora. El Padre Miranda, Fray Luis Ogazón y el Ilmo. Sr. obispo Madrid van á su casa ó le reciben en las suyas, de modo que Gordoia está en los ápices de las ocurrencias que pasan.

Todos los días llega el buen Francisco envuelto en una capita rabona que no le llega á los tobillos, escupe en su pañuelo de cuadros azules para tener expeditos los órganos de la palabra, y comienza á hablar de cuanto se sabe. Ayer nos contaba:

— Ustedes, jóvenes, están sujetos á la disciplina; pero deben saber, porque ya no es un secreto para nadie, que el señor Miramón no es el hombre que prefieren nuestros amados prelados. Ayer nada menos me decía el Ilmo. de Tanagra: «Gordoia, no hay que creer que sea oro todo lo que reluce; Miramón ha ganado batallas y obtenido triunfos — triunfos fáciles, batallas sin valer, puesto que eran contra un enemigo ya dado; — pero no por eso hay que confiarse: ahora le llamamos Judas Macabeo; Dios quiera que no lleguemos á llamarle Judas Iscariote.

«Miguel se arrimó á nuestra causa, porque creyó que era fácil lucirse con nuestras excelentes tropas; pero no es un buen conservador, casi diría que no es un católico.

«El otro día, en la misa de gracias que me tocó decir por no sé cuál de sus cacareadas victorias, ví con disgusto que se levantó á la hora del Evangelio y que se estuvo en pie hasta mucho después que tocaron el *sanctus*. En el bautizo de su hijo, que como usted sabe fué en Chapultepec, nos dió á los obispos presentes una onza de oro, lo mismo que á cualquiera de los generalillos que se pavoneaban en la mesa del refresco; y al tomar este, con un desparpajo que todavía me indigna, se atrevió á brindar... por la unión de todos los mexicanos, fueran cuales fueran sus credos político y religioso... De aquí á la tolerancia de cultos hay menos de un paso...

«En cambio existe un caudillo valiente como un Godo-

fredo, piadoso como un San Luis, inflexible como un Simón de Montfort, gallardo y brioso como un San Jorge y leal é impetuoso como un San Miguel — he nombrado al señor general don Leonardo Márquez — y con ese no caben componendas ni arreglitos...

«Los chinacos no le pueden ver ni en pintura; pero cabalmente eso le abona; nosotros le tenemos como nuestra esperanza y estamos seguros de que más tarde ó más temprano ha de acabar por imponerse á este chiquillo caprichoso que, porque ha cogido de las orejas á la fortuna, se le figura que es suyo el mundo.

«Hace dos ó tres meses, estando en *pelicano*, recibimos los capitulares una carta del general Miramón pidiendo que le suministráramos dinero para continuar esa eterna campaña que no lleva traza de acabarse nunca.

«Nos pusimos á discutir y terminamos acordando que, como las propiedades eclesiásticas eran sagradas, no se podía tocarlas sin manifiesto riesgo de incurrir en censuras; únicamente se propondría al Gobierno que tomara dinero en nombre de los canónigos, siendo ellos personalmente responsables de las cantidades que se recaudaran. Me parece que la propuesta no podía ser más equitativa.

«Sin embargo, no le pareció así al Presidente, y al otro día, apersonándose en la Catedral, nos significó que necesitaba medio millón de pesos. ¡Medio millón de pesos! ¡Figúrese usted qué pequeñez pedía el angelito!

«Yo me le puse enfrente y con buenos modos le hice ver que no podía salir semejante suma de las arcas de la Iglesia sin dejarla exhausta; y entonces Miramón, golpeando con su látigo (pues venía en traje de montar) en una mesa de la haceduría, alzó la voz y dijo:

«Basta de fingimientos, señor obispo; la Iglesia posee lo indispensable no sólo para pagar esa pequeñez, sino para salvar la situación y consolidar el Gobierno; que no se queje, pues, si mañana triunfan los puros y Juárez entrega las riquezas eclesiásticas en manos del primero que llegue, ó si los yankees se apoderan del país y acaban con el catolicismo.»

«Vanas amenazas: Juárez no puede triunfar nunca, y si triunfa, no puede atreverse á atentar contra los bienes eclesiásticos, por más que lo haya anunciado así en sus llamadas leyes, que no son sino embolismos: ya se cuidaría de ello, pues equivaldría á provocar una rebelión en que hasta las piedras se alzarán contra él.

«Y cuando todo turbio corra, suponiendo que los americanos vengan y se adueñen de esto, la Iglesia quedará en excelentes condiciones y conservará todo lo suyo. Ahora, si no la despojan los moros la roban los cristianos, porque todos son pobres; los americanos, que son ricos, no tendrán que meterse con ella y no sólo le consentirán conservar lo que tiene, sino aumentarlo. No sería la peor solución.»

Hoy conocí al ilustrísimo Madrid, de quien tanto me habla el amigo Gordo. Iba por las calles de San Agustín y Don Juan Manuel, acompañado de una turba de pelados, entre los cuales no faltaban algunas beatas rollizas, guapetonas y de buena estampa. La turba gritaba á voz en cuello vivas á la religión, y el de Tenagra marchaba á paso lento y echando bendiciones, seguido del caudatario, que se enrollaba en el brazo el extremo de la capa.

El *Diario de Avisos* pone en los mismos cielos la elocuencia y ardor evangélico del señor Madrid, al cual llama el nuevo Padre Cádiz, pues días hay en que predica diez ó doce veces. Los meses le salen por doscientos y más sermones, y los años por dos ó tres mil.

Grande, ejemplar y nunca imitado celo que demuestra en el señor Obispo el amor que siente por la casa de Dios; pero ¿por qué no se irá á predicar á Tenagra, que dicen cae en tierra de moros, en vez de estar aquí intrigando contra nuestro General?

México, Marzo 1860.

El mentidero languidece cuando el buen Gordo no ocurre á él. De cuando en cuando se destierra y luego aparece como llovido del cielo, más circunspecto, más satisfecho, más amante de los buenos principios y más enemigo que nunca de la maldita chinaca. Ganas me dan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C. P. No. 1625 MONTERREY, MEXICO